

# CARTA PASTORAL

DEL ILMO. Y RMO. SR. ARZOBISPO DE MEXICO

Dr. D. Próspero M. Alarcón y Sánchez de la Barquera

DIRIJIDA A SUS DIOCESANOS

CON MOTIVO DEL

## STO. TIEMPO DE CUARESMA.



MEXICO.

IMPRESA GUADALÚPANA DE REYES VELASCO,

Calle del Correo Mayor número 6.

1898.

BX874

.A4

C3

1898a

c.1

3769

BX874

.A4

C3

1898a

c.1

03769



1080026957

# CARTA PASTORAL

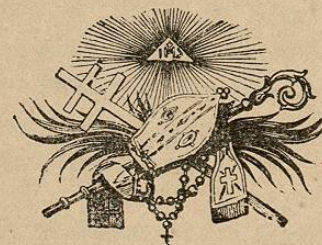
DEL ILMO. Y RMO. SR. ARZOBISPO DE MEXICO

Dr. D. Próspero M. Alarcón y Sánchez de la Barquera

DIRIJIDA A SUS DIOCESANOS

CON MOTIVO DEL

## STO. TIEMPO DE CUARESMA.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Valverde y Tellez

MEXICO.

IMPRENTA GUADALUPANA DE REYES VELASCO,  
Calle del Correo Mayor número 6.  
1898.



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

40971

BX 874  
A4  
C3  
1898a



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



*Nos el Dr. D. Próspero  
María Marcón y Sán-  
chez de la Barquera,*  
por la gracia de Dios y de la  
Santa Sede Apostólica, Arzo-  
bispo de México.

*Al Ilmo. Sr. Dean y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia  
Metropolitana, al M. I. Sr. Abad y Cabildo de la  
Insigne Colegiata de Nuestra Señora de Guadalu-  
pe, al Clero Secular y Regular, y á todos los fieles  
de este Nuestro Arzobispado, salud y bendición en  
Nuestro Señor Jesucristo.*

Amadísimos Hermanos é Hijos Nuestros:

**F**OLÍCITA de la eterna salvación de sus amados  
fieles la Santa Iglesia Católica, nuestra Madre,  
nos recuerda con frecuencia las divinas enseñanzas  
de nuestro amabilísimo Jesús, Autor y Consumador  
de nuestra fe, para que en medio de los penosos afa-  
nes de esta vida de miserias y de dolores no perda-  
mos nunca de vista nuestro eterno y felicísimo des-  
tino. Conociendo muy bien que nuestra existencia

003769

sobre la tierra es muy breve, como de peregrino que pasa con rapidez hácia la amada patria entre penalidades y amarguras, hácenos prudentes observaciones sobre la necesidad de las tentaciones que sufrimos, y las grandes ventajas que de vencerlas podemos reportar. Enséñanos que para luchar con feliz éxito es preciso elevar el corazón al cielo, de donde viene todo eficaz socorro. Nos dá la voz de alerta, para que por los engañosos halagos del pecado no abandonemos á nuestro Dios, único y dulcísimo Bien que puede satisfacer por completo las ardorosas ansias de nuestros corazones; porque de ese funesto alejamiento, como de copiosa y envenenada fuente, brotarían para nuestras almas gravísimos y numerosos males. Sostiene nuestra esperanza con la memoria de la Providencia amorosísima de nuestro supremo Bien; y nos confía cariñosa sus amargas penas y el secreto de sus frecuentes lágrimas, para que no imitemos por nuestra desventura el triste ejemplo de tantos hijos desnaturalizados, que por su criminal obstinación se exponen tantas veces á una perdición eterna.

## I.

Para este primer Domingo de Cuaresma nos propone la Sta. Iglesia como preciosísimo tema de saludable meditación, este pasaje de la vida santísima de Cristo Nuestro Señor, referido por San Mateo:

*“En aquella sazón Jesús fué conducido del Espíritu de Dios al desierto para que fuese tentado allí por el diablo. Y después de haber ayunado cuarenta días con cuarenta noches, tuvo hambre. Entonces acercándose el tentador le dijo: Si eres el Hijo de Dios, di que esas piedras se conviertan en panes. Mas Jesús le respondió: Escrito está: No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra ó disposición que sale de la boca de Dios. Después de esto le*

*transportó el diablo á la santa ciudad de Jerusalén, y le puso sobre lo alto del templo, y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo. Pues está escrito: Que te ha encomendado á sus ángeles, los cuales te tomarán en las palmas de sus manos, para que tu pié no tropiece contra alguna piedra. Replicóle Jesús: También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. Todavía le subió el diablo á un monte muy encumbrado; y mostróle todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos, y le dijo: Todas estas cosas te daré, si postrándote delante de mí me adorares. Respondióle entonces Jesús: Apártate de ahí, Satanás; porque está escrito: Adorarás al Señor Dios tuyo, y á El solo servirás. Con esto le dejó el diablo; y hé aquí que se acercaron los ángeles, y le servían.”*

Quiere ser de esta manera tentado nuestro amorosísimo Salvador, para enseñarnos á todos con qué prontitud y energía debemos rechazar la tentación cuando se nos presente. Porque es preciso que nos persuadamos, muy amados Hermanos é hijos Nuestros, de que en esta vida á todos nos asaltan tentaciones de varios géneros; por eso con tanta insistencia nos recomienda el Divino Maestro que despleguemos constantemente mucha vigilancia y oremos con fervor, para no caer en la tentación. Y cómo hayan de entenderse estas divinas palabras, nos lo dice San Jerónimo: “Es imposible que el alma humana no padezca tentaciones; por eso decimos en la Oración Dominical: *No nos dejes caer en la tentación*; no rehusando por esto la tentación, sino pidiendo fuerzas para resistir á ella. No dice, pues, el Señor: “velad y orad, para que no seais tentados;” sino “para que no caigais en tentación,” es decir, para que la tentación no os venza.” Ocasiones hay, en que aun las almas piadosas véanse en la triste necesidad de llorar la ausencia de su Dios; que tal parece que sucede, bien que por la fe estamos ciertos de que con los que sufren *está su Divina Majestad en la tribulación, para ponerlos en salvo y llenarlos de gloria*. Y en medio de tales angustias ni gusta el alma de orar, como decía San Bernardo, ni le agrada leer, ni se goza con aquellas meditaciones en que antes tenía sus delicias: angustiada con tentaciones horribles ó con amargas tribulaciones, no acierta á moverse á compunción ni consigue derramar una lágrima; como aquellas encarpadas montañas de Gelboé, sobre las cuales lanzaba afligido el Rey David tristes imprecaciones, encuéntrase á veces el alma, por todas partes rodeada de

enemigos, que tales son las tentaciones interiores y exteriores que la combaten, careciendo de la lluvia de espirituales consuelos y como privada del rocío de la gracia. ¿Qué se ha hecho de los antiguos goces del espíritu, de la dulce serenidad de la conciencia, y de aquella paz suavísima en el Espíritu Santo? ¿Cómo soportar con valor tantas amarguras del alma, tantos disgustos interiores, tanta frialdad en el servicio de Dios? ¿Por qué me ocultas tu rostro, y me consideras como enemigo tuyo? piensa entonces el alma, lamentándose de su aparente desamparo con las palabras del santo Job. Pero justo es reconocer que muchas veces sufrimos esta ausencia de los consuelos de Dios, porque nos aficionamos demasiado á contentarnos á nosotros mismos; más nos buscamos á nosotros que á nuestro divino Dueño, y nos engolfamos tal vez sin ser necesario en los cuidados y efímeras satisfacciones del mundo. ¡Ah! Recordemos que, como decía el Señor á Elías en el monte Oreb, *no está Dios en el terremoto, ó en el torbellino de las aficiones y placeres de la tierra.*

Los días tempestuosos de esta vida, que el Espíritu Santo en el Sagrado Libro de Ezequiel llama *de nubes y de obscuridad*, exceden con mucho en número á los días serenos y tranquilos, porque nos vemos obligados á habitar una tierra herida de maldición y de todas las penalidades propias de un riguroso destierro. Bien lo comprendía el Santo Patriarca Jacob, que al ser preguntado por Faraon cuando con tanta honra compareció en su presencia, cuántos años tenía, respondió con acento de mal disimulada amargura: *“Los días de mi peregrinación son ciento y treinta años, pocos y trabajosos;”* como si quisiera decir: *“fecundos en penalidades y tentaciones,”* pues entonces, como ahora, eran sobremanera abundantes los peligros y las angustias de la vida. Y es que el Señor se propone en sus admirables designios abandonarnos en apariencia alguna vez y por muy poco tiempo, con el fin de premiarnos para siempre con una eternidad feliz. *“Por un momento te desamparé,”* nos dice por Isaías, *pero pronto te uniré á mí, usando de gran misericordia.”* Almas justas, que son muy amadas del Señor, experimentan esta continua sucesión de presencia y ausencia de Dios, de días de suavísimo consuelo y de tristes noches de penosas tentaciones y de amarga tribulación; pero preciso es que en uno y otro caso busquemos al Señor con toda el alma, no aspirando más que á servirle y complacerle

en todo, como dice el Real Profeta: *“Buscad al Señor y permaneced firmes, buscad incesantemente su rostro.”* Porque las tentaciones por todas partes y en todas circunstancias nos asaltan, y sobre esta tristísima situación nuestra nos previene el Espíritu Santo, cuando por el Apóstol San Pedro nos recomienda que seamos sobrios y estemos en continua vigilancia, *“porque nuestro enemigo el diablo anda girando como león rugiente á nuestro alrededor, en busca de presa que devorar; es decir, que por todas partes asediados de sus malignas sugestiones, no tenemos un momento de descanso.”* Nuestra vida, dice San Lorenzo Justiniano, deslízase entre asechanzas y combates: si no queremos ser vencidos, preciso es vigilar; si queremos vencer, es necesario combatir.” Pero no solo es incesante la guerra, sino que son temibles los enemigos con quienes es fuerza luchar. *“Tres enemigos tenemos, dice Pedro Blesense; la carne, el mundo y el demonio. La carne es enemigo doméstico, y por lo mismo es más de temer; el mundo es enemigo sofisticado, y por eso debemos precavernos más contra él; el demonio es el enemigo antiguo, razón por la cual debemos odiarle más. La carne sugiérenos satisfacciones suaves; el mundo cosas vanas, el diablo inícuas. La carne liga, el mundo hierde, el diablo mata. La carne inspira gustos sensuales, el mundo avaricia, el demonio soberbia. La carne nos humilla y nos abate hasta muy por debajo de nosotros mismos, por medio de la sensualidad; el mundo nos lleva fuera de nosotros por la avaricia, y el demonio nos eleva sobre nosotros mismos por la soberbia.”*

Grandes son las tribulaciones que la tentación atrae sobre nosotros; pero consolémonos, amadísimos hermanos é hijos nuestros, porque la tribulación es muy propia del cristiano. Y es además un gran beneficio cuyo alcance tal vez no comprendamos bien. Nos lo asegura el Espíritu Santo, escribiendo por San Pablo á los fieles de Filipos: *“Por los méritos de Cristo se ha hecho la gracia, no solo de creer en El, sino también de padecer por su amor.”* Precediéronnos en esta carrera verdaderamente gloriosa del sufrimiento los más ilustres patriarcas de la antigua Ley, de quienes se nos dice que á proporción de las tribulaciones que devoraban por su Dios, mayores eran las delicias con que su Divina Majestad los regalaba y más estrechos los lazos de amorosa familiaridad con que á ellos se unía. Tales fueron Moisés, Abraham,

Isaac y Jacob, á quienes especialmente se refería Judith cuando decía á los ancianos de Betulia: *“Ya que vosotros sois los ancianos ó mayores en el pueblo de Dios, y está de vosotros pendiente su alma, alentad con vuestras palabras sus corazones, representándoles cómo vuestros padres fueron tentados, para que se viese si de veras honraban á su Dios. Deben acordarse cómo fué tentado nuestro padre Abraham, y cómo después de probado con muchas tribulaciones llegó á ser amigo de Dios. Así Isaac, así Jacob, así Moisés y todos los que agradaron á Dios pasaron por muchas tribulaciones, manteniéndose siempre fieles.”* Y si hasta entonces en los planes altísimos de Dios Ntro. Señor respecto de los buenos entraba por mucho el sufrimiento, no menos participación tiene en la Ley de gracia, entre tantos milagros y con tantos afanes promulgada por nuestro amabilísimo Salvador, cuya vida purísima y admirable fué siempre vida de tribulación y amargura. A este propósito escribía con mucha oportunidad á Timoteo el Apóstol San Pablo: *“Y ya se sabe que todos los que quieren vivir virtuosamente según Jesucristo, han de padecer persecución;”* palabras que parece comentar con estas San Ambrosio, al explicar el Salmo CXVIII: *“El que busca á Cristo, busca también sus tribulaciones, y no rehuye el padecer.”* David, que era digno de que la tribulación le buscara, la buscó él mismo; pues <sup>siempre</sup> no la buscara ~~no~~ la habría encontrado; y que la encontró, nos lo asegura él cuando dice: *“Me hallé en medio de la tribulación y del dolor; é invoqué el nombre del Señor.”* Sabio recurso ciertamente es invocar á Dios al padecer; porque con su auxilio se hacen dulces las pruebas más amargas. Con el santo Arzobispo de Milán conviene entre otros muchos San Jerónimo: *“Para los cristianos la bandera de la cruz es su delicia; verdaderos trofeos de nuestra vida, que no se conquistan con el brillo de las pompas, sino con los dolores que causan las miserias.”*

Amarga es de ordinario la raíz del árbol, por más que sean dulces y sabrosos sus frutos; y esto mismo se observa en la tribulación, cuyos méritos y ventajas son vedaderamente incalculables; porque así como las estrellas lucen de noche, y no de día, como dice San Bernardo, así resplandecen las virtudes, no en los goces, sino en la adversidad. “Los santos, agrega San Lorenzo Justiniano, cuantas son las tribulaciones que padecen, tantas son también las palmas de victoria que merecen en el cielo; pero si

estas tribulaciones disminuyen por efecto de una cruel compasión, poco á poco va privándose su corona de esas piedras preciosas. Porque cuanto más fueren afligidos en este siglo con persecuciones, pobreza, por el rigor de las enfermedades ó el poder de sus enemigos, tanto más brillantes serán las honras con que serán exaltados después de su resurrección en la vida futura.”

Preciso es, por lo tanto, amadísimos hijos Nuestros, que nos esforcemos en dar gloria á Dios Nuestro Señor luchando con vigor y fortaleza; y ésta la conseguiremos, sin duda, en medio de nuestra debilidad y miseria con el auxilio de la gracia, como dice el Espíritu Santo: *“Todo lo puedo en Aquel que me conforta,”* que es Cristo, nuestro Bien.

## II.

El Evangelio que se propone á nuestra consideración en este segundo Domingo de Cuaresma, es del capítulo XVII del de San Mateo:

*“En aquel tiempo tomó Jesús consigo á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y subiendo con ellos solos á un alto monte, se transfiguró en su presencia. De modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve. Y al mismo tiempo les aparecieron Moisés y Elías conversando con él de lo que debía padecer en Jerusalén. Entonces Pedro tomando la palabra, dijo á Jesús: Señor, bueno es estarnos aquí: si te parece, formemos aquí tres pabellones, uno para tí, otro para Moisés, y otro para Elías. Todavía estaba Pedro hablando, cuando una nube resplandeciente vino á cubrirlos. Y al mismo instante resonó desde la nube una voz que decía: Este es mi querido Hijo, en quien tengo todas mis complacencias: á El habéis de escuchar. A cuya voz los discípulos cayeron sobre su rostro en tierra, y quedaron poseídos de grande espanto. Mas Jesús se llegó á ellos, los tocó y les dijo: Levantáos, y no tengáis miedo. Y alzando los ojos no vieron á nadie sino á solo Jesús. Y al bajar del monte, les puso Jesús precepto, diciendo: No digáis á nadie lo que hayáis visto, hasta tanto que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.”*

Observad, amadísimos Hermanos é hijos Nuestros, cual es la poderosa eficacia de la oración; apenas comienza á orar nuestro amantísimo Salvador, se transfigura, bañado de celestiales resplandores y como si dejase escapar vivísimos destellos de su